



EL MALETÍN NEGRO

C.M. KORNBLUTH

PREMIO RETRO HUGO 1950

Traducido, prologado y comentado por Rubene Guirauta

Historias abandonadas 02

EL MALETÍN NEGRO
Cyril M. Kornbluth
Premio Retro Hugo 1951

Historias abandonadas 02

Prologado y traducido por Rubene Guirauta

Título: El maletín negro

Título original: The little black bag

Primera edición: julio de 1950

Primera edición en español: marzo de 2021

Colección: Historias abandonadas 02

Traductor: Rubene Guirauta ([@RGuirauta](#))

Imagen de portada: *Cyborg Woman*, de Kai Stachowiak

**© Todos los derechos reservados sobre textos,
traducción y cubierta**

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor.

Relato maquetado en formato A5 (148 x 210mm) para ser impreso como folleto, sin márgenes.

ÍNDICE

SOBRE <i>HISTORIAS ABANDONADAS</i>	5
SOBRE CYRIL M. KORNBLUTH	63
SOBRE <i>EL MALETÍN NEGRO</i>	69

SOBRE HISTORIAS ABANDONADAS

La ciencia ficción en español ha sido siempre un campo dominado más por traductores que por autores. Puede decirse que los pioneros de la ciencia ficción en España, mientras escribían, para pagarse las letras del seiscientos, habían de hacer también otras cosas y, a menudo, una de ellas era traducir. Ahí tenemos como grandes traductores y escritores, en buena medida pioneros del género, a José Mallorquí, Domingo Santos y Miquel Barceló.

Si uno repasa los fondos existentes de ciencia ficción publicada en español, que son una cantidad intimidante de volúmenes, se sorprende (o no) al comprobar que no menos del 80% fue originalmente escrito en inglés. A mi forma de verlo (la mía, la de un tipo escaso de chauvinismo y de patriotismo cultural), lejos de considerarlo un defecto de nuestra forma de hacer ciencia ficción, me parece positivo, enriquecedor y que conforma una buena propuesta de literatura de calidad (solo se traduce lo más escogido) accesible para todos. Entre ninguna pareja de idiomas del mundo existe un caudal tan importante de conocimientos traducidos como los del inglés al español. Ni el francés puede hacer sombra a este respecto. Mientras que se podría pensar que esta tendencia iría en contra de la producción propia y empobrecería a nuestros autores, yo más bien lo veo como un maná inspirador que cae sobre nosotros y ayuda a

alumbrar producción propia. Imaginemos en qué estado embrionario nos encontraríamos sin todas esas toneladas de traducción. Quizá escribiendo una y otra vez tostones costumbristas o ensimismados repasando por enésima vez las calamidades de nuestra historia. Tal vez ahora, con el surgir de nuevas fuerzas en el mundo, durante este atardecer de Occidente, el caudal de obras originalmente en inglés que se están vertiendo a idiomas orientales pueda superar a las traducidas al español, aunque creo que precisarán un esfuerzo de décadas para llegar a asemejarse.

En cuanto a lenguas se refiere yo disfruto tanto con el inglés como con el español. El inglés a menudo lo uso por trabajo y nunca deja de sorprenderme por su riqueza y su vastísimo vocabulario, que da la posibilidad de expresarse con mucha precisión a quienes se desenvuelven en él. Me hace disfrutar mucho como lector y, si pudiera elegir dónde ser reencarnado a una nueva vida, quizá escogiera el medio oeste norteamericano de mediados de siglo XX. Y qué decir del español, el idioma con el que empecé a comprender el mundo, que me abrió las puertas de América (donde encontré una hija), que digo dominar y con el que incluso he escrito alguna obra breve.

Me he propuesto traducir algunas obras originalmente en inglés, inéditas a ser posible, al español. Y son tres motivos los que más me alientan.

Uno, la satisfacción personal. Poner palabras españolas donde nadie antes lo había hecho, desenmarañando los pensamientos de un gringo loco, tiene mucho encanto. Hay algo del arqueólogo que se adentra en una selva tupida, sabiendo que ya alguien pasó por allí, pero hace tanto tiempo que se ensueña pionero. Y allí, entre las ceibas y madre selvas, quizá esté Tikal, musgoso y fascinante... o tal vez sólo haya una lata vieja y oxidada. Hay que llegar para averiguarlo.

Dos, por aumentar ese torrente formidable de existencias traducidas de la ciencia ficción en español, del que hablaba antes. Deseo aportar algo a semejante construcción humana formada por miles y miles de profesionales y aficionados, que tanto me ha hecho disfrutar y que contribuyó a formar mi carácter y aspiraciones en la más complicada de las épocas de nuestra maduración: la adolescencia. Quizá sin el aliento de la lectura no hubiera llegado a ser quien soy hoy o, simplemente, ni hubiera llegado a hoy.

Tres, porque si yo fuera rico, sería editor. Como profesión con la que ganarse el sustento creo que ha de ser un suplicio mayor que la de poeta o vendedor a puerta fría, pero como profesión hobby del que ya tiene ganados los garbanzos, ha de ser fabulosa. Me encanta toquitear la portada, los formatos, maquetar la obra, ver qué aspecto adquiere... Como sucedáneo a ser editor, la auto publicación, que se ha hecho tan accesible hoy, permite remedarla.

En nuestro panorama editorial hay esfuerzos titánicos en traducción. Uno marcadamente promovido por las editoriales, en traducir ciencia ficción contemporánea (y aún no se da abasto ni a la décima parte de la potentísima producción anglosajona) y, simultáneamente, en volver a traducir o revisar ciencia ficción clásica que fue en su momento un *best seller* y que aún, prevén, tendrán buenas ventas (ahora, 2021, mientras escribo esto, se están reeditando al menos *Dune*, y el *Marte* de Robinson). Otro esfuerzo que se percibe es el de algunos aficionados en traducir ciencia ficción muy antigua, de origen a menudo *pulp* y calidad a veces cuestionable (quizá por algo había quedado sin traducción), libre ya de derechos, aun sabiendo que el recorrido editorial será escaso, pero que el placer y el prestigio en hacerlo será alto (me vienen a la mente los muchos trabajos de la revista *Barsoom*). Y, entre uno y otro, el trabajo incomparable de Marcheto en *Cuentos para Algernon*.

Entre esa vorágine, encuadrado más con los segundos, es donde sitúo esta colección, *Historias abandonadas*, que tiene aquí su segunda pequeña joya encontrada, rescatada y traducida.

Como decía en la presentación de *Lauralyn*, de Randall Garrett (*Historias abandonadas* 01), lo de inédito, antiguo y bueno, a la vez, no suele darse, al menos en inglés. Pero de nuevo aquí, con *El maletín negro*, me ha sucedido. Una muy buena obra, de un autor consagrado que había quedado, tal vez por carambolas editoriales, olvidada. Ni el Retro Hugo 2001 para obras publicadas en 1950 fue suficiente para que emergiera

a la superficie de las publicaciones en español. He sentido mucha satisfacción encontrando este zafiro en la selva, traducéndolo y dándole brillo para poder presentarlo en público.

Con este título prosigo esta colección de *Historias abandonadas* que, al menos, habrá tenido un segundo número. Brindemos por los sucesivos.

Rubene Guirauta

EL MALETÍN NEGRO

Cyril M. Kornbluth

El progreso normal de una tecnología produce utensilios más y más simples, que implican principios más y más complejos. Y, por supuesto, precisan del usuario menos y menos...

El doctor Full sentía el invierno en sus huesos mientras bajaba cojeando por el callejón. Había elegido acceder por el callejón y la puerta trasera en lugar de por la acera y la puerta principal por la bolsa de papel marrón bajo su brazo. Sabía perfectamente bien que ni las mujeres de su calle, de cara inexpresiva y pelo enmarañado, ni sus maridos, desdentados y malolientes, se darían cuenta de si llevaba una botella de vino barato a la habitación. Todos ellos vivían así, alternándolo con whisky cuando las horas extras engrosaban las nóminas. Pero el doctor Full, a diferencia de ellos, se sentía avergonzado. Tuvo un incidente mientras cojeaba por el callejón lleno de basura. Uno de los perros del vecindario -uno negro, pequeño y mezquino al que conocía y odiaba, siempre enseñando los dientes y siempre gruñendo amenazador- se le arrojó a las piernas a través de un agujero en la valla de contrachapado que bordeaba el camino. El doctor Full retrocedió y lanzó su pierna en lo que debería de haber sido una contundente patada en las costillas del escuálido animal. Pero la artrosis hacía pesada la pierna. Su pie no pudo esquivar un ladrillo medio enterrado, y cayó de golpe, sentado, maldiciendo. Cuando olió a vino derramado y se dio cuenta de que el paquete de papel se le había resbalado por debajo del brazo y golpeado el suelo, las maldiciones se apagaron. El chucho gruñía y daba vueltas a una distancia de un metro, tenso y amenazador, pero lo ignoró en medio de aquel gran desastre.

Con los dedos rígidos, sentado en la suciedad del callejón, el doctor Full desdobló la parte superior de la bolsa de papel

marrón, doblada con habilidad de tendero. Ya había llegado el temprano crepúsculo del otoño y no veía con claridad qué podría salvar. Levantó la botella de medio galón por el asa, luego algunos fragmentos y finalmente el fondo de la botella. El doctor Full estaba demasiado preocupado como para alegrarse al notar que aún quedaba una buena pinta de vino. Tenía un problema, y las emociones las aplazaría hasta el momento adecuado.

El perro se acercó e intensificó el gruñido. Apoyó en el suelo el fondo de botella y le arrojó los fragmentos de vidrio triangulares de la parte superior. Uno de ellos hizo blanco y el perro se escurrió a través de la cerca, aullando. Luego, el doctor Full colocó el afilado borde del culo de la botella de medio galón en sus labios y bebió de ella como si fuera una taza gigante. Dos veces tuvo que apoyarla para descansar los brazos, pero en un minuto había engullido la pinta de vino.

Pensó en ponerse de pie y caminar por el callejón hasta su habitación, pero una oleada de bienestar ahogó la idea. Después de todo, era inexpresablemente agradable sentarse allí y sentir que el barro endurecido por la escarcha se ablandaba bajo él, o parecía hacerlo, y sentir cómo el invierno se evaporaba de sus huesos con el calor que se extendía desde su estómago hasta sus articulaciones.

Una niña de tres años con un abrigo de invierno corto se escurrió por el mismo agujero en la valla de madera desde donde el perro negro lo había emboscado. Sería, con el dedo índice

sucio en la boca, se acercó al doctor Full y lo inspeccionó. La providencia había completado la felicidad del doctor Full, que ahora tenía audiencia.

—Ah, querida —dijo con voz ronca. Y siguió—: acusaciones absurdas. «Si eso es a lo que ustedes llaman evidencia», debería haberles dicho, «es mejor que se ciñan a sus quehaceres médicos». Debí haberles dicho: «yo estaba aquí antes que su Sociedad Médica del Condado. Y la Comisión de Licencias Médicas nunca demostró nada contra mí. Entonces, caballeros, ¿no es razonable? Apelo a ustedes como compañeros de una gran profesión».

La niña, aburrida, se alejó, recogiendo uno de los trozos de vidrio para jugar mientras se marchaba. El doctor Full la olvidó de inmediato y prosiguió con seriedad para sí mismo: «Pero ayúdenme, no pudieron probar nada. ¿No tiene un hombre derechos?»

Reflexionó sobre la pregunta, de cuya respuesta él estaba tan seguro, pero sobre la que el Comité de Ética de la Sociedad Médica del Condado estaba también igual de seguro. El invierno volvía a metérsele en los huesos y no tenía ni dinero ni más vino.

El doctor Full fingió para sí mismo que había una botella de whisky en algún lugar entre el espantoso caos de su habitación. Era un truco viejo y cruel con que se engañaba a sí mismo cuando necesitaba energía para levantarse e irse a casa. Podría congelarse allí en el callejón. Los insectos le picarían en su habitación y

tosería por el hedor a moho del fregadero, pero no se congelaría y podría dejarse engañar por los cientos de botellas de vino que aún podría beber disfrutando de su contenido durante miles de horas. Pensó en esa botella de whisky... ¿estaba detrás de una pila de revistas de medicina? No, había mirado ahí la última vez. ¿Estaba debajo del fregadero, bien escondida detrás del desagüe oxidado? El truco cruel comenzó a escenificarse de nuevo. «Sí», dijo para sí con creciente entusiasmo, «¡sí, podría ser! Tu memoria ya no es tan buena», dijo con triste camaradería. «Sabes perfectamente que podrías haber comprado una botella de whisky y haberla dejado detrás del desagüe del fregadero para un momento como este».

La botella de color ámbar, el crujido del precinto al cortarlo, el placentero esfuerzo de girar el tapón en su rosca, y luego el intenso sabor en la garganta, el calor en el estómago, el oscuro y feliz olvido de la borrachera... se volvieron reales para él. «Podrías tener, lo sabes, ¡podrías tener!», se dijo a sí mismo. Con la convicción abriéndose paso en su mente, «¡podrías tener, lo sabes! ¡Podrías...!» Luchó por apoyarse en la rodilla derecha. Mientras lo hacía, escuchó un grito detrás de él y estiró el cuello con curiosidad, manteniéndose tumbado. Era la niña, que se había hecho un feo corte en la mano con su juguete, el trozo de vidrio. El doctor Full podía ver el brillo de la sangre que bajaba por su abrigo, acumulándose a sus pies.

Casi se sintió inclinado a aplazar la botella ámbar por la niña. Pero no lo pensaba en serio. Sabía que estaba allí, bien metida

hacia atrás debajo del fregadero, detrás del desagüe oxidado donde la había escondido. Se tomaría una copa y luego volvería generosamente para ayudar a la niña. El doctor Full se apoyó en las rodillas y luego en los pies, y avanzó veloz y tambaleante por el callejón lleno de basura hacia su habitación, donde buscaría con sereno optimismo al principio la botella que no estaba allí, luego con ansiedad y luego con frenética violencia. Arrojaría libros y platos antes de rendirse con la botella de whisky y, finalmente, golpearía sus nudillos hinchados contra la pared de ladrillos hasta que se le abrieran antiguas cicatrices y su sangre espesa y vieja le rezumara por las manos. Por último, se sentaría en algún lugar del suelo, gimoteando, y se sumergía en el abismal purgatorio de pesadillas que era su sueño.



Tras veinte dubitativas generaciones y de «cruzaremos ese puente cuando llegemos a él», el género *Homo* se había metido en un callejón sin salida. Los biometristas más obstinados habían señalado, con una lógica irrefutable, que los mentalmente subnormales estaban excediendo a los normales y supernormales y que el proceso seguía una curva exponencial. Todas las pruebas reunidas respaldaban los argumentos de los biometristas y conducían, inevitablemente, a la conclusión de que el género *Homo* se dirigía hacia un final absurdo y confuso. Si creen que esto tuvo algún efecto en las prácticas reproductivas, es que no conocen al género *Homo*.

Por supuesto, el hecho quedó de alguna forma oculto por esa otra función exponencial: la acumulación de dispositivos tecnológicos. Un idiota adiestrado para operar una máquina de sumar parece computar más hábilmente que un matemático medieval entrenado en contar con los dedos. Un idiota adiestrado para operar el equivalente del siglo XXI de un linotipo parece ser un mejor tipógrafo que un impresor renacentista limitado a unos pocos tipos móviles. Esto también es aplicable a la medicina.

Era un asunto que se complicaba por muchos factores. Los supernormales «mejoraban el producto» a mayor velocidad a la que los subnormales lo degradaban, pero estos dispositivos se producían en menor cantidad. La educación superior produjo extrañas manifestaciones en la vigésima generación. «Institutos» donde ningún miembro del cuerpo estudiantil podía leer palabras de tres sílabas. «Universidades» donde se expedían títulos como «Licenciado en Mecanografía», «Master en Taquigrafía» y «Doctor en Archivo de Expedientes» con toda la pompa tradicional. El puñado de supernormales que quedaban empleaba los dispositivos que desarrollaban en que la gran mayoría pudiera mantener una apariencia de orden social.

Algún día los supernormales cruzarían el puente sin piedad. En la vigésima generación estaban parados indecisos frente a él, preguntándose contra qué se habían estrellado. Y los fantasmas de veinte generaciones de biometristas se reían malignamente.

El que nos incumbe es cierto doctor en Medicina de esta vigésima generación. Su nombre era Hemingway, John Hemingway, doctor en Medicina. Era médico de cabecera, y no aguantaba tener que derivar a sus pacientes a los especialistas por cada dolencia insignificante. A menudo repetía estas palabras aproximadas: «Eh, lo que quiero decir es que tienes un buen médico de cabecera. ¿Sabes a lo que me refiero? Un buen médico de cabecera no dice que lo sepa todo sobre pulmones, glándulas y esas cosas, ¿lo pillas? Pero tienes un médico de cabecera, tienes, eh, tienes un, bueno, ¡tienes un tío para todo! Eso es lo que tienes cuando tienes un médico de cabecera, tienes un tío para todo».

Pero a juzgar por esto, no imaginen que el doctor Hemingway era un mal médico. Podía extirpar amígdalas o apéndices, asistir prácticamente en cualquier parto trayendo al mundo un bebé vivo e ileso, diagnosticar correctamente cientos de dolencias y recetar medicamentos o administrar tratamientos adecuados para cada una de ellas. De hecho, solo había una cosa que no podía hacer en la práctica médica, y era violar los antiguos cánones éticos de la profesión. Y el doctor Hemingway lo sabía demasiado bien como para intentarlo.

El doctor Hemingway y unos amigos estaban charlando una noche cuando ocurrió el evento que lo empujó a nuestra historia. Había pasado un día difícil en la clínica y deseaba que su amigo Walter Gillis, licenciado en Física, máster y doctor, terminara

de hablar para poder contárselo a todo el mundo. Pero Gillis seguía envolviéndolos con su afectada charla:

—Hay que echar una mano al viejo Mike. Él no tiene lo que nosotros llamamos el método científico, pero hay que apoyarle. Ahí estaba ese pobre idiota, holgazaneando con unos cacharros, y me acerco y le pregunto, en broma, claro: «¿Qué tal marcha la máquina del tiempo, Mike?»

El doctor Gillis no lo sabía, pero «Mike» tenía un coeficiente intelectual seis veces mayor que el suyo y era, para ser claros, su cuidador. «Mike» guiaba al rebaño de pseudo-físicos en el pseudo-laboratorio, bajo la apariencia del limpiador de instrumentos. Era un desperdicio social... pero como decíamos, los supernormales todavía no habían cruzado el puente. Su irresolución condujo a muchas situaciones así de absurdas. Y pasó que «Mike», mortalmente aburrido con su tarea, fue tan malévolamente como para... pero dejemos que el doctor Gillis lo cuente:

—Así que me da estas válvulas de vacío numeradas y me suelta: «es un circuito en serie. Deja de incordiar. Construye tu máquina del tiempo, siéntate y dale al botón. Es todo lo que le pido, doctor Gillis, eso es todo».

—Oiga —se maravilló una invitada rubia, frágil y adorable—, lo recuerda todo muy bien, ¿verdad, doctor? —y le dedicó una sonrisa irresistible.

—Diablos — dijo Gillis con modestia—, todo lo recuerdo bien. Vengo bien equipado de serie. Y además se lo dije rápidamente a mi secretaria, que lo anotó. Yo no leo demasiado bien, pero sí que recuerdo bien. Ahora... ¿por dónde iba?

Todos pensaron intensamente y surgieron varias sugerencias:

—¿Algo sobre cacharros, doctor?

—Usted estaba comenzando una pelea. Dijo algo como «tiempo máquina» o así.

—Sí... llamó a alguien «porrón». Sí, ¿a quién llamó «porrón»?

—No era «porrón»... ¡era «botón»!

El doctor Gillis arrugó pensativo y elegante el ceño y declaró:

—Botón, sí. Era sobre la máquina del tiempo. Lo que viene a ser viajar por el tiempo. Así que tomé las válvulas que me dio y las coloqué dentro del constructor de circuitos. Escogí la opción «en serie» y aquí está la... mi máquina del tiempo. Lleva a las cosas por el tiempo súper bien —y mostró una caja.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó la hermosa rubia.

El doctor Hemingway le dijo:

—La máquina del tiempo. Lleva a las cosas por el tiempo.

—Mire —dijo Gillis, el físico.

Tomó el maletín negro del doctor Hemingway y lo puso en la caja. Pulsó el botón y el maletín negro se esfumó.

—Caramba —dijo el doctor Hemingway—, eso ha sido, uh, genial. Ahora devuélvame lo.

—¿Eh?

—Devuélvame mi maletín negro.

—Bueno —dijo el doctor Gillis —las cosas no vuelven. Supongo que tal vez ese tonto de Mike me dio gato por liebre.

Hubo una condena generalizada de «Mike», pero el doctor Hemingway no participó en ella. Le molestaba un vago sentimiento de que tenía que hacer algo. Razonó: «soy médico, y un médico ha de tener un maletín negro. Yo no tengo un maletín negro, así que... ¿ya no soy médico?». Le pareció absurdo. Sabía que era médico. Así que debía de ser culpa del maletín por no estar allí. Eso no era bueno. Mañana conseguiría otro de ese tonto de Al, en la clínica. Al encontraba las cosas con facilidad, sí, pero era tonto... nunca le gustaba hablar de manera sociable.

Así que, al día siguiente el doctor Hemingway se acordó de conseguir otro maletín negro de su cuidador, otro maletín negro con el que podría llevar a cabo amigdalectomías, apendicectomías y los más difíciles partos, y con el que podría diagnosticar y curar a los de su especie hasta el día en que los supernormales se atrevieran a cruzar ese puente. Al fue un poco

desagradable con lo del maletín perdido, pero el doctor Hemingway no recordaba exactamente lo que había pasado. Así que Al no envió a ningún rastreador, por lo que...



El viejo doctor Full se despertó, pasando de los horrores de la noche a los del día. Sus pestañas, pegajosas, se separaron convulsivamente. Estaba apoyado contra la esquina de su habitación. Algo hacía un pequeño ruido de tambor. Sentía mucho frío y calambres. Cuando sus ojos enfocaron la parte inferior de su cuerpo soltó una carcajada. El tamborileo lo hacía su talón izquierdo, agitado por suaves temblores contra el suelo. Iba a sufrir otra vez un *delirium tremens*, pensó desapasionadamente. Se limpió la boca con los nudillos ensangrentados, y el suave temblor se acrecentó. El tamborileo se hizo más fuerte y más lento. Vaya respiro estaba teniendo en esa hermosa mañana, pensó sardónicamente. Los horrores del *delirium tremens* no se producían hasta que uno no se tensaba como una cuerda de violín, hasta el punto de ruptura. Tenía un respiro, si es que un respiro era algo de agradecer en su viejo cuerpo, con el ardiente e interminable dolor de cabeza justo detrás de los ojos y el dolor monótono de las articulaciones.

Me suena algo sobre una niña, pensó vagamente. Iba a curar a una niña. Sus ojos se posaron en un maletín negro en el centro de la habitación y se olvidó de ella. «Juraría que», se dijo el doctor Full «¡lo había empeñado hace dos años!». Se estiró y

alcanzó el maletín, y entonces se dio cuenta de que era el maletín de algún desconocido, que habría llegado hasta allí sin saber cómo. Tocó tímidamente el cierre, se abrió con un chasquido, desplegándose, e hileras e hileras de instrumental y medicamentos se acomodaron ordenados en sus cuatro lados. Parecía mucho más grande abierto que cerrado. No entendía cómo podía volver a plegarse en ese tamaño tan compacto, pero pensó que sería algún truco de los fabricantes modernos. Eso lo haría más valioso en la tienda de empeños, pensó con satisfacción.

Sólo por los viejos tiempos, dejó que sus ojos y dedos recorrieran los instrumentos antes de cerrar el maletín y dirigirse a casa Rick. Más de alguno era difícil de reconocer qué sería exactamente. Se veían instrumentos afilados para cortar, fórceps para sujetar y tirar, retractores para apartar, aguja e hilo para suturar, jeringas hipodérmicas... un pensamiento fugaz cruzó su mente, quizá podría trapichear las jeringuillas por separado con los drogadictos.

Vamos, decidió, y trató de plegar el conjunto. No se dobló hasta que tocó el cierre, y entonces lo hizo de golpe en un maletín negro. Sí que se ha adelantado, pensó, casi capaz de olvidar que lo que le interesaba primordialmente era su valor de empeño.

Con un objetivo definido, no le costó tanto ponerse en pie. Se decidió a bajar por los escalones de la entrada principal y usar

la acera. Pero antes... volvió a abrir la bolsa sobre la mesa de la cocina y rebuscó entre los tubos de medicamentos. «Cualquier cosa con tal de que le dé duro al sistema nervioso autónomo», murmuró. Los tubos estaban numerados y había una tarjeta de plástico que parecía detallarlos. En el margen izquierdo de la tarjeta había una lista de los sistemas: ...«vascular», «muscular», «nervioso»... Siguió la última entrada hacia la derecha. Había columnas para «estimulante», «depresor» etcétera. Debajo de «sistema nervioso» y «depresor» encontró el número 17 y localizó, tembloroso, el pequeño tubo de cristal con ese número. Estaba lleno de bonitas píldoras azules y se tomó una.

Fue como ser alcanzado por un rayo.

El doctor Full había carecido durante tanto tiempo de bienestar, salvo en los breves fogonazos de alcohol, que se había olvidado de su propia naturaleza. Lo invadió el pánico durante un largo momento por la sensación que se extendía por él lentamente, terminando en un cosquilleo en las yemas de los dedos. Se enderezó. Sus dolores habían desaparecido y el temblor de sus piernas se había calmado.

Ha sido estupendo, pensó. Podría correr a la tienda de empeños, dejar el maletín y conseguirse un buen pelotazo. Bajó las escaleras. Ni siquiera la calle a la que salió, iluminada por el sol de media mañana, le hizo temblar. El maletín negro en su mano izquierda le daba satisfacción y transmitía autoridad. Caminaba erguido, notó, y no en ese encorvamiento algo furtivo

que se había apoderado de él en los últimos años. Un poco de autoestima, se dijo, es lo que necesito. Solo porque uno esté algo deprimido no significa que...

—¡Doztó, venga, por favor! — le gritó alguien, tirando de su brazo—. ¡La niña está ardiendo! —Era una de las innumerables mujeres de cara inexpresiva y pelo enmarañado del barrio, vestida desaliñadamente.

—Oh. Resulta que ya no ejerzo... —comenzó con voz ronca.

Pero ella no se amilanó.

—Pase por aquí, doztó —le instó, arrastrándolo hasta una puerta—. Venga a ver a mi niñita. Tengo dos dólares, ¡venga a verla!

Esto le dio un cariz diferente al asunto. Se dejó arrastrar hasta un piso desordenado que olía a coliflor. Ahora reconocía a la mujer, o más bien sabía quién podía ser: una recién llegada la otra noche. Esta gente se mudaba por las noches, en caravanas de coches abollados prestados por amigos y familiares, con los muebles atados a la baca, blasfemando y bebiendo hasta altas horas. Eso explicaba por qué lo había abordado: aún no sabía que el doctor Full era un viejo borracho expulsado de la profesión del que nadie se fiaba. El maletín negro había sido su credencial, pesando más que su cara de borrachín y que su traje negro manchado.

Miraba a una niña de tres años que, parecía, acababa de ser colocada justo en el centro de una cama de matrimonio con sábanas recién cambiadas. Dios sabía en qué colchón áspero y sucio dormiría habitualmente. Creyó reconocerla al fijarse en el vendaje roñoso en la mano derecha. Dos dólares, pensó. Un enrojecimiento feo se había extendido por el brazo esquelético. Le palpó con el dedo en la fosa cubital y sintió pequeñas esferas, como canicas bajo la piel, y notó los ligamentos distendidos. La niña empezó a llorar débilmente. A su lado, la mujer jadeó y comenzó a llorar también.

—Fuera —le indicó con un gesto brusco, y ella se alejó, todavía sollozando.

Dos dólares, pensó. Dale un poco de palabrería, coge el dinero y dile que vaya a una clínica. Estreptococos, supongo, de ese callejón apestoso. Lo que es milagroso es que consigan crecer. Apoyo el maletín y buscó a tientas la llave, luego se acordó y tocó la cerradura. Se abrió de golpe, y seleccionó una tijera de punta roma para vendar. Introdujo la tijera bajo el vendaje, tratando de no hacerle daño a la niña al presionar sobre la infección, y comenzó a cortar. Era sorprendente la facilidad y la rapidez con que las relucientes tijeras cortaban el harapo roñoso que ceñía la herida. Apenas le parecía estar manejando las tijeras con los dedos. Casi parecía que las tijeras estaban manejando sus dedos mientras cortaban limpia y suavemente la venda.

Ciertamente han avanzado desde mi época, pensó, está más afilada que un microtomo. Volvió a colocar las tijeras en su lugar en el panel extraordinariamente grande en el que se convertía el maletín al desplegarse, y se inclinó sobre la herida. Silbó ante el feo corte y la violenta infección que había hecho presa del enfermizo y delgado cuerpo de la niña. ¿Qué podría hacer ahora con algo así? Rebuscó en el contenido del maletín negro, nervioso. Si la sajava y dejaba salir un poco de pus, la vieja pensaría que había hecho algo por ella y obtendría sus dos dólares. Pero en la clínica querrían saber quién lo había hecho y, si se lo tomaban a mal, podrían enviar a la policía. Tal vez había algo en el maletín... Descendió por el borde izquierdo de la tarjeta hasta «linfático» y leyó hasta la columna «infección». No le sonó nada bien, volvió a comprobarlo, pero eso decía. En el recuadro al que señalaban la línea y la columna estaban los símbolos: «IV-g-3cc». No encontró ningún frasco marcado con números romanos, y entonces se dio cuenta de que así se designaban las inyecciones hipodérmicas. Tomó la número IV de su lugar, observando que ya llevaba aguja e incluso parecía estar cargada. ¡Qué manera de preparar estas cosas! Así que... tres centímetros cúbicos de lo que sea que hubiera en la jeringuilla número IV debían de hacer algo contra las infecciones en el sistema linfático -lo cual, Dios lo sabía, era el caso-. Pero, ¿qué significaba la «g» minúscula? Estudió el cristal de la jeringa y vio letras grabadas en lo que parecía un dial en la parte superior del

émbolo. Iban de la «a» a la «i», y había una línea de señal grabada en el lado opuesto a las calibraciones.

Encogiéndose de hombros, el viejo doctor Full giró el dial hasta señalar la «g» y levantó la jeringa a la altura de los ojos. Al presionar el émbolo no vio el pequeño hilo de líquido saliendo de la punta de la aguja. Por un momento se formó una especie de niebla oscura alrededor de la punta. Una inspección más detallada le mostró que la aguja ni siquiera era hueca. Tenía el habitual bisel, pero carecía del característico agujero ovalado. Desconcertado, intentó volver a presionar el émbolo. De nuevo apareció algo alrededor de la punta y se desvaneció. «Vamos a averiguar sobre esto», se dijo el médico. Introdujo la aguja en la piel del su propio antebrazo. Al principio pensó que había fallado, que la punta se había deslizado por encima de su piel en lugar de perforarla y penetrar bajo ella. Pero vio una pequeña mancha de sangre y se dio cuenta de que, por alguna razón, no había sentido el pinchazo. Dedujo que lo que había en el tubo no podría hacerle ningún daño si estaba a la altura de semejante sofisticación... y si podía salir a través de una aguja sin agujero. Se aplicó tres centímetros cúbicos y extrajo la aguja. Hubo una inflamación, indolora, típica por lo demás.

El doctor Full supuso que le engañaban sus ojos, y le aplicó tres centímetros cúbicos de «g» de inyección IV a la niña febril. No se interrumpieron sus lamentos mientras la aguja penetraba ni cuando la inflamación aumentó. Pero un largo instante después, dio un último suspiro y se quedó callada.

Bueno, se dijo a sí mismo, frío de horror, esta vez sí que la has hecho. La has matado con esa cosa.

Entonces la niña se incorporó y dijo:

—¿Dónde está mi mamá?

Incrédulo, el médico le tomó el brazo y le palpó el codo. La infección de los ganglios ya no estaba y la temperatura parecía normal. Los tejidos congestionados y amoratados que rodeaban la herida estaban sanando mientras él los observaba. El pulso de la niña era más fuerte y no era más rápido de lo que debería a esa edad. En el repentino silencio de la habitación escuchó a la madre de la niña sollozando en la cocina, afuera. Y también oyó la voz insinuante de una muchacha:

—¿Se pondrá bien, doc?



Se giró y vio a una muchacha de unos dieciocho años, rubia y demacrada, que se apoyaba en el marco de la puerta y le miraba con desprecio. Ella continuó:

—He oído hablar de usted, doctor Full. Así que no vaya a tratar de exprimir a la vieja. Usted no podría curar ni a un gato enfermo.

—¿De verdad? —bramó. Esta joven iba a recibir la lección que se merecía—. ¿Tal vez le importaría ver a mi paciente?

—¿Dónde está mi mamá? —insistió la niña, y la rubia se quedó boquiabierta.

Se acercó a la cama y preguntó con cautela:

—¿Estás bien ahora, Teresa? ¿Te has curado?

—¿Dónde está mi mamá? —exigió saber Teresa. Luego, acusadoramente, señaló con su mano herida al médico. —¡Me has pinchado! —se quejó, y soltó una risita.

—Bueno — dijo la muchacha rubia —supongo que tengo que reconocerlo, doc. Las bocazas de por aquí dicen que usted no conoce su... Quiero decir, que no sabe curar gente. Dicen que no es un médico de verdad.

—Ya no ejerzo —dijo—. Pero resulta que estaba llevando este caso a un colega como un favor, tu buena madre se fijó en mí, y... —una sonrisa despectiva.

Tocó el cierre de la maleta desplegada y volvió a plegarse en el pequeño maletín negro.

—Lo ha robado —dijo la chica con rotundidad. Él balbuceó—. Nadie le confiaría algo así. Debe de valer mucho. Ha robado ese maletín. Iba a detenerle cuando entré y le vi trabajando sobre Teresa, pero parecía que no le hacía ningún daño. Pero cuando me viene con eso de que le lleva el caso a un colega, sé que lo ha robado. O me da una parte o voy a la policía. Una cosa así debe de valer veinte o treinta dólares.

La madre entró tímidamente, con los ojos enrojecidos. Pero soltó un alarido de alegría cuando vio a la niña sentada y farfullando para sí, la abrazó con locura, se arrodilló para una rápida plegaria, se levantó de un salto para besar la mano del doctor, y luego lo arrastró a la cocina, hablando en su idioma nativo mientras la muchacha rubia lo miraba con disgusto. El doctor Full se dejó arrastrar hasta la cocina, pero rechazó de plano una taza de café y un plato de tortitas de anís con harina de algarrobas.

—Inténtalo con un poco de vino, má —dijo la muchacha con sorna.

—¡Ajá! ¡Ajá! —dijo la mujer encantada—. ¿Le gusta el vino, doztó? —En un instante tuvo ante sí una jarra de líquido violáceo, y la muchacha rubia se rio cuando la mano del doctor se extendió hacia ella. Él retiró la mano, mientras crecía en su cabeza la imagen de cómo olería y cómo sabría y cómo calentaría su estómago y su cuerpo. Hizo el tipo de cálculo al que estaba acostumbrado. La mujer, encantada, ni se daría cuenta de que se empinaba dos copas, y podría entretenerla durante otro par de copas más con su historia de la experiencia cercana a la muerte de Teresa y entonces... bueno, para entonces ya no importaría. Estaría borracho.

Pero, por primera vez en años, había una especie de imagen contrapuesta: una mezcla de la rabia que sentía por la chica rubia ante la que era tan transparente, y de orgullo por la cura que

acababa de realizar. Para su propia sorpresa, retiró la mano de la jarra y dijo, paladeando las palabras:

—No, gracias. No creo que me apetezca nada tan temprano—. Observó disimuladamente la cara de la chica rubia y disfrutó con su sorpresa.

Entonces la madre le entregó tímidamente dos billetes y dijo:

—No es mucho dinero, doztó, pero ¿vendrá otra vez a ver a Teresa?

—Estaré encantado de seguir el caso —dijo—. Pero ahora discúlpeme, tengo que irme corriendo—. Agarró el maletín negro con firmeza y se levantó. Tenía muchas ganas de alejarse del vino y de la muchacha.

—Espere, doc —dijo ella—. Voy en su dirección.

Le siguió hasta la calle. Él la ignoró hasta que sintió su mano en el maletín. Entonces el viejo doctor Full se detuvo y trató de razonar con ella:

—Mire, querida. Quizá tenga razón. Puede que lo haya robado. Para serle sincero, no recuerdo cómo lo he conseguido. Pero usted es joven y puede ganar su propio dinero...

—Cincuenta - cincuenta —dijo—, o voy a la policía. Y si le saco otra palabra, será sesenta-cuarenta. Y ya sabe quién se queda con la parte pequeña, ¿verdad, doc?



Derrotado, marchó hacia la casa de empeños, con la mano desvergonzada de ella aún sujetando el asa del maletín y sus tacones casi pisándolo a cada paso.

En la casa de empeños ambos se dieron un susto.

—No es estándar —dijo Rick, poco impresionado por la ingeniosa cerradura—. Nunca he visto algo así. ¿Algún producto japonés barato, tal vez? Prueben por ahí. Nunca podría vender esto.

Al cabo de la calle recibieron una oferta de un dólar. Los comentarios eran parecidos:

—No soy un coleccionista, oigan, compro cosas que tienen valor de reventa. ¿A quién podría vender esto? ¿A algún chino que no sepa de instrumental médico? Estos chismes tienen un aspecto extraño. ¿Seguro que no los hicieron ustedes mismos?

No aceptaron la oferta de un dólar.

La muchacha estaba desconcertada y enfadada. El doctor estaba desconcertado también, pero triunfante. Él tenía dos dólares, y la muchacha la mitad de algo que nadie quería. Pero, se maravilló de repente, esto sirvió para curar a la niña, ¿no?

—Bueno —le preguntó—, ¿te rindes? Como ves, el kit prácticamente no tiene valor.

Ella estaba pensativa.

—No se apresure, doc. No entiendo qué, pero algo está pasando... ¿estos tipos reconocen algo bueno al verlo?

—Sí. Se ganan la vida con ello. De donde sea que venga esto...

Lo pilló, con esa facultad diabólica que tenía de sonsacar respuestas sin hacer las preguntas.

—Ya me lo imaginaba. Usted tampoco lo sabe, ¿eh? Bueno, tal vez pueda averiguarlo. Venga aquí. No voy a dejar pasar esto. Aquí hay dinero..., de alguna manera, no sé cómo, pero lo hay.

La siguió hasta una cafetería, a un rincón casi vacío. Ella no prestó atención a las miradas y las risitas de los demás clientes mientras abría el maletín -que casi cubría una mesa entera- y hurgó en él. Sacó un retractor y lo inspeccionó, tirándolo despectivamente, sacó un espéculo, lo tiró también, sacó la mitad inferior de un fórceps, lo giró cerca de sus ojos aún jóvenes y de vista aguda... y vio lo que los envejecidos ojos del doctor no hubieran podido.

Todo lo que vio el doctor Full fue que ella estaba mirando el cuello del fórceps y que se puso pálida. Con mucho cuidado, volvió a colocar la mitad del fórceps en su lugar y luego también el retractor y el espéculo.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué ha visto?

—«Hecho en Estados Unidos» —citó con voz ronca—. «Patente solicitada en julio de 2450».

Pensó en decirle que debía de haber leído mal la inscripción, que debía de ser una broma pesada, que... Pero sabía que la había leído bien. Aquellas tijeras de vendar más habían conducido sus dedos, que sus dedos a ellas. La aguja de la inyección sin agujero. La píldora azul que lo había golpeado como un rayo.

Sus manos habían estado jugueteando con la tarjeta de plástico en la que había impresas las filas y columnas que le habían guiado antes por dos veces. La tarjeta tenía una leve convexidad y se podía chasquear esa convexidad de un lado a otro. Observó, con desconcierto, que con cada chasquido aparecía un texto diferente en las tarjetas. ¡Chas! «El cuchillo con el punto azul en el mango es sólo para tumores. Diagnostíquelos con su Instrumento Siete, el Tumefactómetro. Colóquelo en...» ¡Chas! «Una sobredosis de las píldoras rosas del frasco 3 puede arreglarse con una píldora del frasco...» ¡Chas! «Sujete la aguja de suturar por el extremo sin agujero. Toque con ella un extremo de la herida a suturar y libérela. Cuando el nudo esté hecho, tóquelo...» ¡Chas! «Coloque la mitad superior del fórceps cerca de la cavidad. Libérela. Después de que haya entrado y se haya ajustado a la forma de...» ¡Chas!



El jefe de redacción vio «FLANNERY 1 - SALUD» en la esquina superior izquierda de su copia. Automáticamente garabateó «recortar a 0,75» y lo pasó a Piper deslizándolo hábilmente

sobre la mesa de copias. Él se estaba encargando del monográfico sobre charlatanes de Edna Flannery. Era una joven agradable, pensó, pero, como todos los jóvenes, divagaba demasiado. De ahí el recorte.

Piper despachó una noticia municipal, sujetó el artículo de Flannery y comenzó a dar golpecitos con el lápiz. Un golpecito por palabra, al mismo ritmo constante que el traqueteo de un teletipo funcionando. Esta primera vez no estaba exactamente leyéndolo. Solo miraba las letras y las palabras para saber si, como letras y palabras, se ajustaban al estilo del Herald. El golpeteo constante de su lápiz cesaba a intervalos, cuando trazaba una línea negra que terminaba con una letra «d» estilizada, a través de la palabra «busto» y garabateaba "pecho" en su lugar; o degradaba la «E» mayúscula de «Enero» a minúscula con una diagonal; o cerraba una palabra dividida -en cuyo centro a Flannery se le había escapado la barra espaciadora de la máquina de escribir- con dos líneas curvas, como paréntesis girados noventa grados. El grueso lápiz negro encerraba en un círculo la palabra FIN que, como todos los jóvenes, ponía al final de sus historias. Volvió a la primera página para la segunda lectura. Esta vez el lápiz trazó líneas con las «d» estilizadas a través de adjetivos y frases enteras, trazó grandes «L» para marcar párrafos, agrupó algunos de los párrafos de la propia Flannery con líneas que los encadenaban.

Al final de «FLANNERY AD 2 - SALUD» el lápiz se ralentizó y se detuvo. El jefe de redacción, sensible a los ritmos

en su querida mesa de trabajo, levantó la vista casi de inmediato. Vio a Piper bizqueando ante la historia, algo perdido. Sin malgastar palabras, el redactor volvió a deslizarla sobre el tablero de vuelta hasta su jefe, atrapó una historia policial al vuelo y se inclinó sobre ella, con el lápiz golpeando. El jefe de redactor leyó hasta el cuarto párrafo y le gruñó a Howard, que se sentaba en el borde: «ocupa mi puesto». Cruzó la estruendosa sala en dirección al despacho desde el que el director gobernaba su casa de locos.

El jefe de redacción esperó su turno mientras un jefe de sección y el director artístico hablaban con el director. Cuando le llegó el turno dejó caer la copia del artículo de Flannery sobre su mesa y dijo:

—Dice que éste no es un charlatán.

El director leyó:

—«FLANNERY 1 - SALUD», por Edna Flannery, redactora del Herald.

» Las sórdidas historias de charlatanería médica que el Herald ha expuesto en esta serie de artículos experimenta hoy un cambio de ritmo, cuando esta periodista se ha encontrado con una grata sorpresa. La investigación de este caso comenzó de la misma manera que el desenmascaramiento de una docena de médicos impostores sin escrúpulos, de farsantes y curanderos. Pero, para variar, se puede informar de que el doctor Bayard Full es, pese a sus prácticas poco ortodoxas, que han despertado

suspicacia en las justificadamente hipersensibles asociaciones médicas, un verdadero sanador de acuerdo a los más altos ideales de su profesión.

» El nombre del doctor Full fue sugerido a la reportera del Herald por el comité ético de una asociación médica del condado, indicando que había sido expulsado de la profesión el 18 de julio de 1941 por supuestamente "ordeñar" a varios pacientes que sufrían dolencias comunes. Según las declaraciones juradas, que figuran en los expedientes del comité, el doctor Full les había diagnosticado cáncer y dicho que tenía un tratamiento que prolongaría sus vidas. Tras su expulsión de la asociación, el doctor Full desapareció... hasta que abrió un «sanatorio» en el centro de la ciudad, en un edificio con fachada de piedra que durante años había sido una casa de huéspedes.

» La reportera del Herald acudió a este sanatorio, en la Calle 89 Este, con la expectativa de que le diagnosticaran numerosas dolencias imaginarias y le prometieran una cura segura por una buena suma de dinero. Esperaba encontrar habitaciones descuidadas, instrumentos sucios y la parafernalia de los charlatanes que ya había visto una docena de veces.

» Estaba equivocada.

» El sanatorio del doctor Full está impecablemente limpio, desde su recepción, amueblada con gusto, hasta sus salas de tratamiento relucientemente blancas. Una hermosa recepcionista rubia recibió a esta reportera, en tono suave y

correcto, preguntando sólo el nombre, dirección y la naturaleza general de la dolencia. Como de costumbre en esta serie, se indicó «dolor de espalda persistente». La recepcionista pidió a la reportera del Herald que se sentara, y poco después la condujo a una sala de tratamiento del segundo piso y le presentó al doctor Full.

» El supuesto pasado del doctor Full, tal como lo describe el portavoz de la asociación médica, encaja con dificultad con su aspecto actual. Es un hombre de ojos claros y pelo blanco de unos sesenta años, a juzgar por su aspecto, un poco por encima de la estatura media y, aparentemente, en buen estado físico. Su voz fue firme y amistosa, libre de los gimoteos persuasivos de los impostores que la reportera ha llegado a conocer demasiado bien.

» La recepcionista no salió de la habitación mientras él comenzaba su examen después de unas cuantas preguntas sobre la naturaleza y localización del dolor. Mientras la reportera estaba tumbada boca abajo en una mesa de tratamiento, el doctor presionó con algún instrumento en la baja espalda. Al cabo de un minuto hizo esta asombrosa afirmación: «Jovencita, no hay ninguna razón para que usted tenga ningún dolor en esa zona. Tengo entendido que hoy en día se considera que los trastornos emocionales provocan dolores así. Será mejor que vaya a un psicólogo o a un psiquiatra si el dolor persiste. No hay ninguna causa física, así que no puedo hacer nada por usted».

» Su franqueza dejó sin palabras a la reportera. ¿Habría adivinado que ella era, por así decirlo, una espía en casa? Ella insistió: «Bueno, doctor, tal vez podría hacerme un examen. Además de los dolores me siento agotada constantemente. Quizá necesite un tónico». Este es un cebo infalible para los charlatanes: una invitación para que encuentren todo tipo de afecciones misteriosas en un paciente, cada una de las cuales precisa de un tratamiento caro. Como se explicó en el primer artículo de esta serie, la reportera se había sometido a un minucioso examen físico previo a embarcarse en su caza de farsantes. Se la encontró en un estado perfecto de salud, con la excepción de una zona de tejido cicatrizal en el extremo inferior del pulmón izquierdo resultado de una tuberculosis en la infancia y de una tendencia al hipertiroidismo, es decir, una alta actividad de la glándula tiroides que dificulta ganar peso y a veces provoca leves faltas de aliento.

» El doctor Full accedió a realizar el examen. Sacó una serie de instrumentos brillantes e inmaculadamente limpios de un gran tablero literalmente cubierto de instrumental, la mayoría desconocido para la reportera. El primer instrumento que empleó era un tubo con una esfera curva en su superficie y dos cables que terminaban en discos planos asomando de sus extremos. Colocó uno de los discos en el dorso de la mano derecha de la reportera y el otro en el de la izquierda. Dijo en voz alta un número que la atenta recepcionista anotó en un formulario cuadrulado. El mismo proceso se repitió varias

veces, cubriendo a fondo la anatomía de la reportera y convenciéndola totalmente de que el médico era un completo charlatán. La reportera nunca había visto un procedimiento de diagnóstico semejante durante las semanas que dedicó a preparar esta serie.

» El médico tomó la hoja de la recepcionista, habló con ella en voz baja y le dijo: «Tiene usted la tiroides ligeramente hiperactiva, jovencita. Y hay algo mal en su pulmón izquierdo. No es grave, pero me gustaría verlo más de cerca».

» Seleccionó un instrumento del tablero que, según conocía la reportera, se llama «espejo». Un instrumento parecido a una tijera que separa las aberturas del cuerpo, como el orificio del oído, las fosas nasales, etc., para que el médico pueda examinarlas. Sin embargo, era demasiado grande para ser un espejo auditivo o nasal, pero demasiado pequeño para ser otra cosa. Cuando la reportera del Herald estaba a punto de hacer más preguntas, la recepcionista le dijo: «Acostumbramos cubrir los ojos de nuestros pacientes durante los exámenes pulmonares, ¿le importa?». La reportera, desconcertada, permitió que le anudaran una venda limpia sobre los ojos y esperó nerviosa a lo que vendría después.

» Todavía no puede decir exactamente lo que pasó con sus ojos vendados, pero las radiografías confirman sus sospechas. Sintió sensación de frío en las costillas del lado izquierdo, un frío que parecía penetrar en su cuerpo. Luego hubo un chasquido y

la sensación de frío desapareció. Oyó que el doctor Full le decía flemático: «Tiene una antigua cicatriz tuberculosa ahí abajo. No le causa ningún daño en particular, pero una persona activa como usted necesita todo el oxígeno posible. Acuéstese y se lo arreglaré».

» Se repitió la sensación de frío, que duró más tiempo. «Otra tanda de alvéolos y algo más de pegamento vascular», oyó decir la reportera del Herald al doctor Full, y la recepcionista respondió rápida a la orden. La extraña sensación desapareció y se retiró la banda de los ojos. La reportera no vio ninguna cicatriz en las costillas, y aun así el médico aseguró: «Ya está. Le hemos quitado la fibrosis, que era grande. La protegí de la infección en su día, y por eso vivió para contarlo. También hemos colocado algunos alvéolos, que son esos cacharritos que llevan el oxígeno del aire que respira a su sangre. No voy a jugar con su suministro de tiroxina. Se ha acostumbrado al tipo de ánimo y energía que su tiroides le da. Si de repente sufre un cambio, aunque sea a mejor, lo más probable es que más le moleste que le ayude. Sobre el dolor de espalda, consulte en la sociedad médica del condado el nombre de un buen psicólogo o psiquiatra. Y tenga cuidado con los charlatanes. Acechan en esta jungla».

» La seguridad del médico en sí mismo sorprendió a la reportera. Preguntó por el precio, y le indicaron que pagara cincuenta dólares a la recepcionista. Como de costumbre, la reportera retrasó el pago hasta obtener un recibo firmado por el

propio médico, en el que se detallaban los servicios. A diferencia de la mayoría, el médico escribió alegremente: «Por la eliminación de la fibrosis del pulmón izquierdo y la restauración de los alvéolos», y lo firmó.

» Lo primero que hizo reportera cuando salió del sanatorio fue dirigirse al especialista en tórax que la había examinado antes de la preparación de esta serie de artículos. Una comparación de las radiografías tomadas el día de la «operación» y las tomadas anteriormente expondría, pensó la reportera del Herald, al doctor Full como el príncipe de los charlatanes y farsantes.

» El especialista en tórax hizo un hueco en su apretada agenda para la reportera, en cuya serie ha mostrado un vivo interés desde la fase de planificación. Se desternilló de risa en su elegante despacho de *Park Avenue* cuando se le describió el extraño procedimiento al que había sido sometida. Pero no se rio cuando tomó una radiografía de tórax de la reportera, la reveló, secó, y comparó con las que había tomado antes. El especialista tomó otras seis radiografías esa tarde, pero finalmente admitió que todas decían lo mismo. La cicatriz causada por la tuberculosis que tenía hace dieciocho días ahora había desaparecido y había sido reemplazada por tejido pulmonar sano. El especialista asevera que se trata de un hecho sin precedentes en los anales médicos. No está de acuerdo con la firme convicción de la reportera de que el doctor Full sea el responsable del cambio.

» La reportera del Herald, sin embargo, no ve otra posibilidad y concluye que el doctor Bayard Full, a pesar de lo que supuestamente haya sido en el pasado, es ahora un médico muy capacitado, si bien poco ortodoxo, en cuyas manos la reportera se pondría en una urgencia.

» No es así el caso de la «reverenda» Annie Dimsworth, una arpía que, cobijada bajo un manto de fe, se aprovecha de los ignorantes que sufren y acuden a su sórdido salón de curación en busca de ayuda. Ahí quedan para alimentar la cuenta bancaria de la «reverenda» Annie, que suma ahora 53 238.64 dólares. El artículo de mañana mostrará, con fotocopias de extractos bancarios y testimonios jurados, que...

El director rechazó «FLANNERY ÚLTIMA AD - SALUD» y repiqueteó con un lápiz en sus dientes delanteros, tratando de pensar con claridad. Finalmente le dijo al jefe de redacción:

—No lo publique. Publique solo el adelanto de mañana en un recuadro—. Arrancó el último párrafo de la historia -el adelanto, sobre la «reverenda» Annie- y se lo entregó al jefe de redacción, que regresó a su mesa de trabajo.

El director artístico había vuelto, bailando de impaciencia mientras intentaba captar la atención del director. El interfono zumbó con la luz roja que indicaba que varias personas querían hablar con él. El director pensó brevemente en una serie especial sobre este doctor Full. Aunque pensó que nadie lo creería y que,

probablemente, era un fraude igualmente. Dejó la historia en el montón de las no publicables y respondió a su interfono.



El doctor Full le había tomado cariño a Angie. Su clientela había crecido primero entre las enfermedades del vecindario, luego hasta una consulta en la esquina de un edificio formal en una zona residencial y, finalmente, hasta el sanatorio. Ella parecía haber crecido durante el proceso. Aunque la muchacha seguía demasiado interesada en el dinero. Habría querido especializarse en cirugía estética, eliminándoles las arrugas y lo que hiciera falta a las señoras adineradas. No se dio cuenta, al principio, de que tenían el maletín negro en fideicomiso, de que ellos eran los administradores y no los propietarios de sus fabulosos contenidos.

Había intentado analizarlos, con mucha cautela y poco éxito. Todos los instrumentos eran ligeramente radiactivos, pero no demasiado. Tenían lectura en un contador Geiger-Mueller, pero no movían las láminas de un electroscopio. Sabía que no estaba al tanto de los últimos avances, pero a su entender, eso era imposible. Bajo el más potente microscopio sus muy lisas superficies mostraban líneas increíblemente finas, grabadas en tramas aleatorias, que no tenían ningún sentido en particular. Sus propiedades magnéticas eran desconcertantes. A veces los instrumentos se veían fuertemente atraídos por los imanes, a veces no tanto, y a veces nada en absoluto.

El doctor Full les había tomado radiografías con miedo, temblando por si estropeaba la delicada maquinaria que funcionaría en ellos. Estaba seguro de que no eran sólidos, de que los mangos y tal vez las cuchillas debían ser meras cáscaras llenas de pequeños mecanismos de relojería, pero los rayos X no mostraban nada de eso. Ah, sí, y siempre estaban estériles, y no se oxidaban. El polvo se desprendía de ellos al agitarlos. Eso sí que lo entendía: ionizaban el polvo, o se ionizaban ellos mismos, o algo por el estilo. En todo caso, había leído que algo similar sucedía en los discos de vinilo.

A ella no le interesaba demasiado nada de eso. Pero llevaba los libros bastante bien, pensó con orgullo, y le daba de vez en cuando un empujoncito cuando se dormía en los laureles. La mudanza del barrio a la zona residencial había sido idea de ella, al igual que el sanatorio. Excelente: eso ampliaba la esfera de sus servicios. No estaba mal que la muchacha tuviera sus abrigos de visón y su convertible, como parecían llamar a los descapotables hoy en día. Él estaba demasiado ocupado y demasiado viejo como para eso. Tenía mucho que compensar a la sociedad.

El doctor Full pensó con alegría en sus planes. A ella no le gustaría mucho, pero habría de verle la lógica. Esta maravilla que les había llegado debía ser transmitida. Ella no era médico y, aunque los instrumentos prácticamente funcionaban solos, en la medicina había algo más que destreza. Había unos cánones antiguos en el arte de curar. Y así, mostrándole la lógica de todo

ello, Angie cedería y consentiría en entregar el maletín negro a toda la humanidad.

Probablemente lo presentaría al Colegio de Cirujanos, con el menor alboroto posible. Bueno... tal vez una pequeña ceremonia y un recuerdo de la ocasión, como un trofeo o un diploma enmarcado. En cierto modo, sería un alivio quitarse de encima el maletín y dejar que los gigantes del arte de la sanación decidieran a quién beneficiaría. Sí, Angie lo entendería. Era una chica de buen corazón.

Era estupendo que últimamente mostrara tanto interés por la parte quirúrgica, preguntando por los instrumentos, leyendo la tarjeta de instrucciones durante horas, incluso practicando con conejillos de indias. Si le había conseguido transmitir algo de su amor por la humanidad, pensó melancólico el viejo doctor Full, su vida no habría sido en vano. Seguramente se daría cuenta de que serviría a un bien mayor al dejar los instrumentos en manos más sabias y al levantar el manto de secreto bajo el que habían trabajado a su pequeña escala.



El doctor Full estaba en la sala de tratamiento, que había sido el salón principal de la casa de fachada de piedra. Por la ventana vio el descapotable amarillo de Angie detenerse ante el portal. La observó mientras subía las escaleras y pensó en que le gustaba su aspecto pulcro, nada llamativo. Sí, una chica sensata como ella lo entendería. Había alguien con ella, una mujer gorda que subía

los escalones resoplando, emperifollada y petulante. ¿Qué querría?

Angie entró en la sala de tratamiento, seguida por la mujer gorda, que era evidentemente una nueva rica:

—Doctor —dijo la muchacha solemnemente—, le presento a la señora Coleman.

—¡La señorita Aquela me ha hablado tantísimo de usted, doctor, y de su extraordinario sistema! —dijo efusivamente.

Antes de que él pudiera responder, Angie se interpuso suavemente:

—¿Nos disculpa un momento, señora Coleman?

Tomó el brazo del médico y lo condujo a la sala de recepción.

—Escuche —dijo rápidamente—, sé que esto va en contra de sus deseos, pero no podía dejarlo pasar. Conocí a esta vieja en la clase de gimnasia de Elizabeth Barton. Nadie le habla allí. Es viuda, supongo que su marido era un estraperlista o algo así. Tiene un montón de pasta. Le dije que usted tiene un sistema para eliminar arrugas. Mi idea es que le vendemos los ojos, le saje el cuello con el bisturí de la Serie Cutánea, le inyecte un poco de Firmol en los músculos, le saque parte de la grasa con la cureta de la Serie Adiposa y lo rocíe todo con Sanapiel. Cuando le quite la venda se habrá librado de muchas arrugas sin saber cómo. Pagaré quinientos dólares. No diga que no, doc. Sólo esta

vez, hagámoslo a mi manera. He estado trabajando a la suya mucho tiempo, ¿no es así?

—Oh —dijo el doctor—, muy bien. —No tardaría mucho en tener que contarle sus planes. Por esta vez le permitiría hacerlo a su manera.

De vuelta a la sala de tratamiento, la señora Coleman había estado dándole vueltas a las cosas. Le espetó al doctor con severidad cuando éste entró:

—Por supuesto... su sistema es permanente, ¿verdad?

—Lo es, señora —dijo él brevemente—. ¿Podría acostarse aquí, por favor? Señorita Aquela, por favor, traiga un vendaje estéril de tres pulgadas para los ojos de la señora Coleman.

Le dio la espalda a la oronda mujer gorda para evitar la conversación y fingió estar ajustando las luces. Angie le vendó los ojos a la mujer y el médico seleccionó el instrumental que necesitaría. Le entregó a la chica rubia un par de retractores y le dijo:

—Deslícelo mientras corto... —ella le dirigió una mirada alarmada señalando a la mujer reclinada. Él bajó la voz. —Muy bien. Deslice las planchuelas en la incisión. Le indicaré cuándo extraerlas.

El doctor Full mantuvo el bisturí de la Serie Cutánea ante sus ojos mientras ajustaba mediante la pequeña ruleta a una profundidad de tres centímetros. Suspiró un poco al recordar

que su último uso había sido en la extirpación de un tumor «inoperable» de la garganta.

—Muy bien —dijo, inclinándose sobre la mujer.

Tentó el bisturí a través de sus tejidos. La hoja se hundió y fluyó a través de ellos, como un dedo en el mercurio, sin dejar ninguna herida a su paso. Sólo los retractores podían mantener separados los bordes de la incisión. La señora Coleman se agitó y farfulló:

—Doctor, ¡qué sensación tan peculiar! ¿Está usted seguro de lo que hace?

—Totalmente, señora —dijo el médico con cansancio—. ¿Podría intentar no hablar durante el masaje?



Señaló con la cabeza a Angie, que sujetaba los retractores. El filo se hundió hasta sus tres centímetros, milagrosamente cortando sólo los tejidos muertos de la epidermis y el tejido vivo de la dermis, esquivando misteriosamente todos los vasos sanguíneos mayores y menores y el tejido muscular, evitando afectar a cualquier sistema u órgano excepto al que estaba, podría decirse, destinado. ¿Cómo podría ser? El médico no sabía la respuesta, pero se sintió cansado y molesto por prostituir así ese potencial. Angie deslizó las planchuelas del retractor en el corte mientras él retiraba el bisturí, y separó los bordes de la incisión. Sin sangre que tapara la visión, dejó al descubierto fibra muscular poco

saludable, mortecina, que se insertaba en los ligamentos de color gris azulado. El médico tomó una jeringuilla, con el número IX, preseleccionada en «g», y la levantó a la altura de su vista. La neblina surgió y se disipó. Inyectó un centímetro cúbico de «g» -identificado como «Firmol» en la tarjeta- en el músculo. Él y Angie observaron cómo se tensaba contra la faringe.

Tomó la cureta de la Serie Adiposa, una pequeña, y extrajo el tejido amarillento, dejándolo caer en la incineradora. Hizo un gesto a Angie, que extrajo los retractores. La incisión abierta se deslizó hasta convertirse en piel intacta, aunque ahora flácida. El médico tenía el atomizador -marcado como «Sanapiel»- preparado. Lo aplicó y la piel se retrajo a la nueva y firme línea de la garganta.

Mientras guardaba el instrumental, Angie retiró el vendaje de la señora Coleman y anunció alegremente:

—¡Hemos terminado! Hay un espejo en la sala de espera.

La señora Coleman no dudó en acudir al espejo. Con dedos incrédulos se palpó la barbilla. El médico hizo una mueca al oír su grito de alegría. Angie se volvió hacia él con una sonrisa tensa.

—Le cobraré y acompañaré a la salida —dijo—. No tendrá que volver a verla.

Él se lo agradecía de verdad.

Acompañó a la señora Coleman a la sala de recepción mientras el médico se ensoñaba con el maletín. Una ceremonia,

ciertamente tenía derecho a una. No todo el mundo, pensó, entregaría una fuente de dinero tan segura por el bien de la humanidad. Pero uno llega a una edad en la que el dinero importa menos. Y pensaba en esas cosas que había hecho y que podían haberse prestado a malentendidos mencionadas accidentalmente en un juicio. El doctor no era un hombre religioso, pero ciertamente uno se sorprende pensando muchas cosas cuando su hora se va acercando. Angie estaba de vuelta, con un papel en sus manos.

—Quinientos dólares —dijo con toda naturalidad—. ¿Y se da cuenta, verdad? Podríamos hacerle un par de centímetros por vez, a quinientos dólares cada una.

—Me gustaría hablar contigo de esto —dijo. Le pareció que había miedo en sus ojos, pero ¿por qué?—. Angie, has sido una muchacha buena y comprensiva, pero no podemos sostener esto para siempre, ya lo sabes.

—Hablémoslo en otro momento —dijo ella rotundamente—. Estoy cansada ahora.

—No. Creo que ya hemos ido demasiado lejos por nuestra cuenta. El instrumental...

—¡No lo diga, doc! —siseó ella—. No lo diga o lo lamentará.

En su rostro había una mirada que le recordaba a la criatura de ojos hundidos, rostro demacrado y pelo sucio que había sido.

Tras sus recién adquiridos buenos modales ardía la granuja cuya infancia había transcurrido en un colchón áspero y mugriento, cuya niñez había pasado jugando en un callejón lleno de porquería y cuya adolescencia habían sido trabajos clandestinos y fútiles reuniones nocturnas a la luz de las farolas.

Sacudió la cabeza para dispersar esos pensamientos turbadores.

—Es así, Angie —comenzó pacientemente—. ¿Te hablé de la familia que inventó los fórceps y que los mantuvo en secreto durante generaciones, de cómo podrían haberlos dado al mundo, pero no lo hicieron?

—Sabían lo que hacían —dijo la granuja rotundamente.

—Bueno, eso es irrelevante —dijo el doctor, irritado—. Ya lo tengo decidido. Voy a entregar el instrumental al Colegio de Cirujanos. Tenemos suficiente dinero para vivir con comodidad. Incluso puedes quedarte con esta casa. Yo he pensado en irme a un clima más cálido.

Se sentía molesto con ella por haber montado semejante escena. No estaba preparado para lo que ocurrió a continuación.

Angie agarró el maletín y se precipitó hacia la puerta, con pánico en los ojos. Corrió tras ella, agarrándola por el brazo, retorciéndoselo con súbita rabia. Ella le arañó la cara con la mano libre, balbuceando maldiciones. De alguna manera, el dedo de alguien tocó el maletín, que se abrió grotescamente en

el enorme tablero cubierto de brillantes instrumentos de todo tamaño. Media docena de ellos se desprendieron y cayeron al suelo.

—¡Mire lo que ha hecho ahora! —rugió el doctor, fuera de sí.

La mano de ella seguía aferrada al asa, pero se quedó quieta, temblando de rabia contenida. El doctor se inclinó con dificultad para recoger el instrumental caído. ¡Muchacha irracional!, pensó con amargura. Haciendo una escena... El dolor se clavó entre sus omóplatos y cayó boca abajo. La luz se atenuó. «¡Muchacha irracional!», trató de gruñir. Y luego: «se sabrá que lo intenté, de todos modos...»

Angie miró su cuerpo tendido boca abajo, con el mango del cuchillo de la Serie Cauterización número seis sobresaliendo de él. «...Cortará todos los tejidos. Utilícelo para amputaciones antes de aplicar Re-Crece. Extreme la precaución en las proximidades de los órganos vitales y de los principales vasos sanguíneos y nervios...»

—No quise hacer eso —dijo Angie, con torpeza, fría de horror.

Ahora vendría el detective, el implacable detective que reconstruiría el crimen a partir de cada mota de polvo de la habitación. Ella correría y maniobraría y se resistiría, pero el detective la descubriría y sería llevada a un tribunal con juez y jurado. Su abogado haría alegatos, pero el jurado la condenaría

de todos modos. Los periódicos titularían: «¡RUBIA ASESINA DECLARADA CULPABLE!». Tal vez la condenaran a la silla. Caminaría por un pasillo desnudo, en el que un rayo de sol atravesaría el aire polvoriento, y habría una puerta de hierro al fondo. Su visión, su convertible, sus vestidos, el hombre guapo que iba a conocer y con el que se iba a casar... La niebla de los clichés cinematográficos se disipó y supo lo que haría a continuación.

Con resolución, descolgó la incineradora de su lugar. Era un cubo de metal con un disco en relieve en un lateral. «...Para deshacerse de las fibrosis u otros tejidos no deseados, toque el disco...». Dejó caer algo dentro y tocó el relieve lateral. Hubo una especie de silbido apagado, potente y desagradable si se estaba demasiado cerca, y una especie de destello oscuro. Cuando abrió la caja el contenido había desaparecido. Angie tomó otro de los cuchillos de la Serie Cauterización y, sombría, se puso a trabajar. Lo bueno es que no había sangre. Terminó la horrible tarea en tres horas.

Esa noche durmió profundamente, totalmente agotada por las extenuantes exigencias emocionales de semejante matanza y el horror posterior. Por la mañana era como si el doctor nunca hubiera estado allí. Desayunó y se vistió con un cuidado inusual... pero luego deshizo tantos cuidados inusuales. Nada fuera de lo habitual, se dijo a sí misma. No hagas nada diferente a lo que hubieras hecho antes. Después de uno o dos días podrás

llamar a la policía. Di que se ha ido de borrachera y estás preocupada. Pero no te apresures, cariño, no te apresures.

La señora Coleman estaba citada a las diez. Angie había contado con poder convencer al doctor de, al menos, otra sesión de quinientos dólares. Ahora tendría que hacerlo ella sola... pero tendría que empezar antes o después.

La mujer llegó temprano.

—El doctor —Angie le explicó suavemente— me pidió que me encargara del masaje hoy. Ahora que ha comenzado el proceso de reafirmación de los tejidos, sólo hace falta alguien entrenado en su método.

Mientras hablaba, sus ojos se volvieron hacia el maletín con el instrumental ¡abierto! Se maldijo a sí misma por aquel fallo cuando la mujer siguió su mirada y reculó.

—¿Qué son esas cosas? —quiso saber—. ¿Va a cortarme con ellas? Ya decía yo que había gato encerrado...

—Por favor, señora Coleman— dijo Angie—, por favor, querida Sra. Coleman, usted no conoce cómo son los... ¡los instrumentos de masaje!

—¿Instrumentos de masaje? ¡Y una porra! —le riñó la mujer estrepitosamente—. El médico me hizo una operación. ¡Podría haberme matado!

Angie tomó, sin decir nada, uno de los bisturíes más pequeños de la Serie Cutánea y se lo pasó por el antebrazo. El

filo se deslizó como un dedo a través de mercurio, sin dejar ninguna herida a su paso. ¡Eso debería convencer a esa vieja mula!

No la convenció, pero sí la sobresaltó.

—¿Qué ha hecho con eso? La hoja se introduce en el mango, ¡eso es todo!

—Ahora fíjese bien, señora Coleman —dijo Angie, pensando desesperadamente en los quinientos dólares—. Fíjese muy bien y verá que el ehhh masajeador subcutáneo simplemente se desliza por debajo de los tejidos sin hacer ningún daño, tensando y reafirmando los propios músculos trabajándolos a través de las capas de piel y tejido adiposo. Es el secreto del método del doctor. Porque... ¿cómo podría tener un masaje externo el efecto que conseguimos ayer?

La señora Coleman empezaba a calmarse.

—Sí que funcionó —admitió, acariciándose su nuevo perfil de cuello—. ¡Pero una cosa es tu brazo y otra mi cuello! Muéstrame cómo lo haces en tu cuello. —Angie sonrió...



Al volvió a la clínica después de un excelente almuerzo, que casi lo había reconciliado con los tres meses más que tendría que pasarse en su puesto de guardia. Pero luego, pensó, un maravilloso año en el maravillosamente supernormal Polo Sur trabajando en su especialidad: ejercicios telequinéticos en niños

de tres a seis años. Mientras tanto, por supuesto, el mundo había de continuar y, también por supuesto, él tenía que asumir su parte en ello.

Antes de ponerse a trabajar echó un vistazo rutinario al tablero de maletines. Lo que vio le hizo saltar de sorpresa. Había una luz roja encendida junto a uno de los números, la primera vez desde que recordaba. Leyó el número y murmuró: «Vale, 674101. Lo arreglaremos». Introdujo el número en el lector de tarjetas y en un momento obtuvo su registro. Ah, sí: el maletín de Hemingway. Ese tonto de baba no recordaba ni cómo ni dónde lo había perdido. Ninguno lo hacía. Podría haber cientos de ellos dando vueltas por ahí.

La política de Al en estos casos era mantener activo el maletín. Funcionaba prácticamente solo, era prácticamente imposible hacer daño con él, así que bien se le podía permitir usarlo a cualquiera que lo encontrara. Si uno la apagaba, habría una pérdida social... si uno lo mantenía encendido, aún podría hacer algún bien.

Al se telequinizó a la central de comunicaciones, tras echar un vistazo cauteloso para comprobar que no había médicos cerca.

—Jefe de policía —le dijo a la centralita. Y luego al jefe de policía—: Se ha cometido un homicidio con el instrumental médico 674101. Lo perdió hace unos meses uno de los míos, el

doctor John Hemingway, quien no tenía claro cómo había sucedido.

El jefe de policía gimió y dijo:

—Le llamaré y lo interrogaré.

Las respuestas le asombrarían y comprendería que el homicidio estaba muy fuera de su jurisdicción.

Al se quedó un momento ante el tablero de maletines, junto a la luz roja brillante, encendida por la fuerza vital de alguien que se marchaba con la advertencia, como su último acto, de que el maletín 674101 estaba en manos homicidas. Suspiró y lo desactivó, con lo que la luz se apagó.



—...Sí, claro — se burló la mujer. —¡Juguetearías con mi cuello, pero no arriesgarías el tuyo con esa cosa!

Angie sonrió serena y confiada (una sonrisa que iba a impresionar a los curtidos empleados de la morgue). Calibró el cuchillo de la Serie Cutánea a tres centímetros antes de deslizárselo por el cuello. Sonriendo, sabiendo que la hoja sólo cortaría la dermis y el tejido muerto de la epidermis, esquivando los vasos sanguíneos y el tejido muscular. Sonriendo, el bisturí se hundió en el cuello y, afilado como un microtomo, cortó los vasos sanguíneos, el tejido muscular y la faringe. Angie... se degolló.

En los pocos minutos que tardó en llegar la policía, alertada por los gritos de la señora Coleman, los instrumentos se habían cubierto de óxido, y los envases que habían contenido el pegamento vascular y los manojos de saludables alvéolos rosados y las células grises de repuesto y las terminales nerviosas, ya sólo contenían cieno negruzco y, al abrirlos, desprendían los malolientes gases de la descomposición.

SOBRE CYRIL M. KORNBLUTH

La última cosa que descubrió es que la muerte es el fin del dolor.

Cyril M. Kornbluth, en *Marching Morons*



SOBRE CYRIL M. KORNBLUTH

Cyril Kornbluth nació en Manhattan en 1923. Al parecer la “M” de su nombre no se refería a un segundo nombre, sino que él la añadió posteriormente por devoción a su mujer, Mary Byers. Era descendiente de judíos polacos y gallegos (sí, de Galicia) emigrados a Estados Unidos.

Fue un joven muy precoz, que se unió al movimiento futuriano con unos catorce años. Allí trabó relación con unos también jovencísimos Isaac Asimov y Frederik Pohl, entre otros, y allí conocería también a su futura esposa. Publicó su primer relato a los quince años. Los futurianos eran un grupo variopinto con intereses comunes en la ciencia ficción, la tecnología y, en general, en el advenimiento de la modernidad en sus variadas formas: culturales, tecnológicas y políticas. Se reunían con frecuencia, organizaban simposios y conferencias y muchos de ellos acabaron haciendo carrera como escritores y editores. Me hubiera encantado asistir a alguna de las reuniones de aquellos precoces y excéntricos neoyorquinos.

Asimov en Yo, Asimov recuerda a Kornbluth «bajo y gordinflón, con el pelo castaño y rizado y tenía una manera de hablar cortante, así que no resultaba una persona muy agradable». Además, dice «él era más inteligente que yo», lo cual en boca de alguien como Asimov, quien siempre hacía gala de su CI de 160, quiere decir que Kornbluth realmente debía de ser

SOBRE CYRIL M. KORNBLUTH

excepcional. En todo caso, Asimov y él nunca llegaron a llevarse muy bien y tuvieron constantes pequeños encontronazos.

Con quien hizo mejores migas fue con Frederik Pohl. De hecho, fueron coautores de numerosos relatos y, especialmente, de *Mercaderes del Espacio*, publicado al principio en forma de relatos cortos en 1952 y luego montado (un *fix-up*) como novela en 1953, que se convirtió casi inmediatamente en un clásico. Yo tengo la edición en tapa dura de Minotauro, que leí hace más de veinticinco años, y que contribuyó como pocas novelas (aún más que las de Asimov) a afianzar mi afición por el género. También, a dúo, escribieron otras novelas de menor éxito, como *Búsqueda Estelar* o *La Lucha contra las pirámides*, además de varios cuentos.

Tuvo oficios variados y vivió en la Costa Este y en Chicago. No fue hasta 1951 cuando pudo dedicarse a ser escritor a tiempo completo, casándose y estableciéndose cerca de Nueva York. Tuvo dos hijos. Escribía rápido y bien y se convirtió en un asiduo de las publicaciones *pulp* de la época: *Galaxy*, *Dynamic Science Ficiton*, *Astounding Science Fiction*...

Había nacido en tiempos muy duros. Además de sufrir de niño la Gran Depresión, cuando estaba en edad militar Estados Unidos se vio envuelto en la Segunda Guerra Mundial. Fue movilizado para combatir en Europa, en artillería, siendo incluso condecorado por su desempeño durante la durísima Batalla de las Ardenas. Allí debió de sufrir lo indecible, pues era un joven muy poco atlético y la dureza de aquella campaña de invierno

SOBRE CYRIL M. KORNBLUTH

fue extrema. Como secuela de la guerra le quedó una hipertensión crónica, que a la postre fue lo que le costaría la vida. En marzo de 1958, tras darse una paliza quitando nieve de la puerta de su casa, corriendo para acudir a una cita a la que llegaba tarde (le habían ofrecido un puesto que deseaba, como ayudante de editor en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*), sufrió un infarto y murió en el andén de una estación de tren de Levitton, cerca de Nueva York. Tenía solo 34 años.

Para quien quiera profundizar en la fascinante figura de C.M. Kornbluth, hay disponible sobre él una biografía en inglés, *The life and Works of a Science Fiction Visionary*, escrita por Mark Rich.

SOBRE *EL MALETÍN NEGRO*

Cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia

Tercera Ley. Arthur C. Clarke

El relato (más bien presentado como *novelette*, es decir, una narración algo más larga que un relato) se publicó en el número de julio de 1950 de *Astounding Science Fiction*, editada por entonces por el mítico John W. Campbell Jr., quien a tantos autores sacó a la luz y tan excelentes historias publicó. El título original fue *The little black bag*. A la luz del texto, he creído que la mejor traducción posible para *little bag*, en este contexto, sería «maletín».

El argumento es sencillo, casi simple. Un médico fracasado recibe un maletín médico con tecnología del futuro que le permite reivindicarse como médico. A su socia forzosa le puede la avaricia y conduce a los dos a la perdición. Sin embargo, los detalles y el trasfondo son complicados y, además, algo polémicos.

Esta historia es previa, y de hecho sirve de ambientación a una muy conocida obra de Kornbluth, *The Marching Morons* (1951), traducida al español como *La marcha de los imbéciles* o *Desfile de cretinos*. Probablemente hoy sería considerada políticamente muy incorrecta y no creo que muchos autores se

arriesgaran con algo así. En un futuro lejano (hacia 2450) la especie humana ha acabado dividida en dos castas, los inteligentes (unos tres millones) y los idiotas (unos cinco mil millones). La causa fundamental es que mientras los idiotas se reproducen con fruición, los inteligentes lo hacen con mesura. Puesto que los avances tecnológicos han sido formidables, el trabajo de tres millones de personas puede sostener un mundo de cinco mil millones de incompetentes. En la práctica los inteligentes han quedado convertidos en cuidadores devotos, casi esclavos, de los idiotas. De alguna forma pueden sonar ecos del mundo actual, con una tecnología muy avanzada que lo sostiene, pero ante la cual nos sentimos muy tontos (al menos yo) y no paramos de pensar en que debe de haber «alguien» detrás.

Esta ambientación, desarrollada en *The Marching Morons*, se creó profundizando la que Kornbluth esbozó, por primera vez, en *El maletín negro*. Aquí, un tal «Mike» y un tal «Al» hacen posibles maravillas técnicas en física y en medicina, que ponen a disposición de un rebaño de bobos de baba, que se creen que la controlan. ¿No nos suena de algo? Yo, a menudo, con mi ordenador y todas sus herramientas, me siento como el doctor Hemingway con su maletín lleno de instrumental maravilloso, cuyos fundamentos no comprende ni por lo más remoto.

Mucho más tarde, la película *Idiocracia* (2006) toma esta misma ambientación (con la salvedad de que ya no ha quedado nadie inteligente, ahí son todos idiotas), y construye una trama

usando a protagonistas de nuestro presente que aparecen en ese futuro a través de la hibernación. De ser personas corrientes en nuestro tiempo, en comparación, son genios en aquel. Se trata de una película básicamente de humor y que hace sátira con el estilo de vida de las naciones desarrolladas. A la productora, la *20th Century Fox*, poco antes del estreno le empezaron a dar miedo las consecuencias, por la evidente burla hacia los poco inteligentes. Así que apenas la promocionó y optaron con estrenarla con bastante sigilo. Sin embargo, la película tuvo notable éxito en crítica y público y, de alguna forma, ha llegado a ser en cierta forma «de culto». La ambientación al comienzo de la película, repasando cómo se ha llegado a ese estado de las cosas es completamente hilarante y muy recomendable. Se ha de reconocer que es tan sarcástica e irreal que resulta divertida y que, si alguien se siente ofendido por ella, tal vez el problema no haya que buscarlo en la película.

Los diálogos delirantes y torpes de *El maletín negro* en los que interviene el «doctor» Hemingway o el «físico» Gillis, dos auténticos tontos engreídos que se consideran superiores a sus cuidadores, que son quienes les facilitan la vida manteniéndolos lejos del desastre, inspiran en buena medida los de *Idiocracia*, pese a que esta no se ideara hasta más de cincuenta años después.

Sin duda, se podría argumentar, como se ha hecho, que cualquiera de estas tres historias abogaría por alguna especie de programa eugenésico, condicionando la reproducción a la inteligencia de los individuos. Me parece que es tratar de ir

demasiado lejos y no terminar de comprender el espíritu satírico de estas obras.

En otro nivel de lectura, quiero señalar el tratamiento psicológico de los personajes, que es notable, pese a la brevedad de la historia. Se nos presenta a un doctor Full auténticamente despreciable, que llega a dejar medio muerta a una niña de tres años, de la que solo le interesa cobrar un par de dólares. Sin embargo, reconocemos por sus actos que solo el alcoholismo lo ha llevado a semejante estado de degeneración y que lo que alberga es un sincero deseo de rehabilitación, de redención. Consigue satisfacer ese deseo mediante el maletín llegado del futuro. Acabamos simpatizando mucho con este pobre hombre. Su socia, Angie, pese a pintárnosla como una despreciable aprovechada, llega también a reformarse y a encontrar placer en ayudar al doctor a sanar sin aspirar a demasiado. Ciertamente es que, finalmente, su avaricia soterrada emerge y la llevará a la perdición. Pero, al cabo, aunque sea fácil condenarla... hay que reconocer que era demasiado joven y pobre como para poder resistirse al influjo del dinero fácil. Una resistencia semejante es un poder muy elevado y reservado a pocos.

Mencionaré una curiosidad que nos deja el relato, ¿sabían que el invento de los fórceps se había mantenido en secreto durante generaciones? Yo tampoco. Me informé al hacer la traducción y es estrictamente veraz. El cirujano francés Peter Chamberlen los desarrolló hacia 1630 y los legó a sus descendientes. Cuando los empleaban vendaban los ojos a las

parturientas y hacían salir de la sala de partos a las comadronas, para preservar el secreto. No fue hasta 1735 cuando se desveló el concepto y empezó a generalizarse. Pensemos en cuántos miles de muertes de bebés y madres podrían haberse evitado si aquella familia hubiese sido más compasiva o, en su defecto, si hubiera existido por entonces algún sistema de protección de patentes.

Tampoco quiero dejar pasar el hecho de que Kornbluth pinte a los ordenadores futuros (del siglo XXV, nada menos) funcionando mediante válvulas de vacío como *hardware* y tarjetas perforadas como *software*. Pensemos en qué difícil es, para cualquier autor que haya pisado el género alguna vez, tratar de anticiparse al futuro, aunque tan solo sea unas pocas décadas.

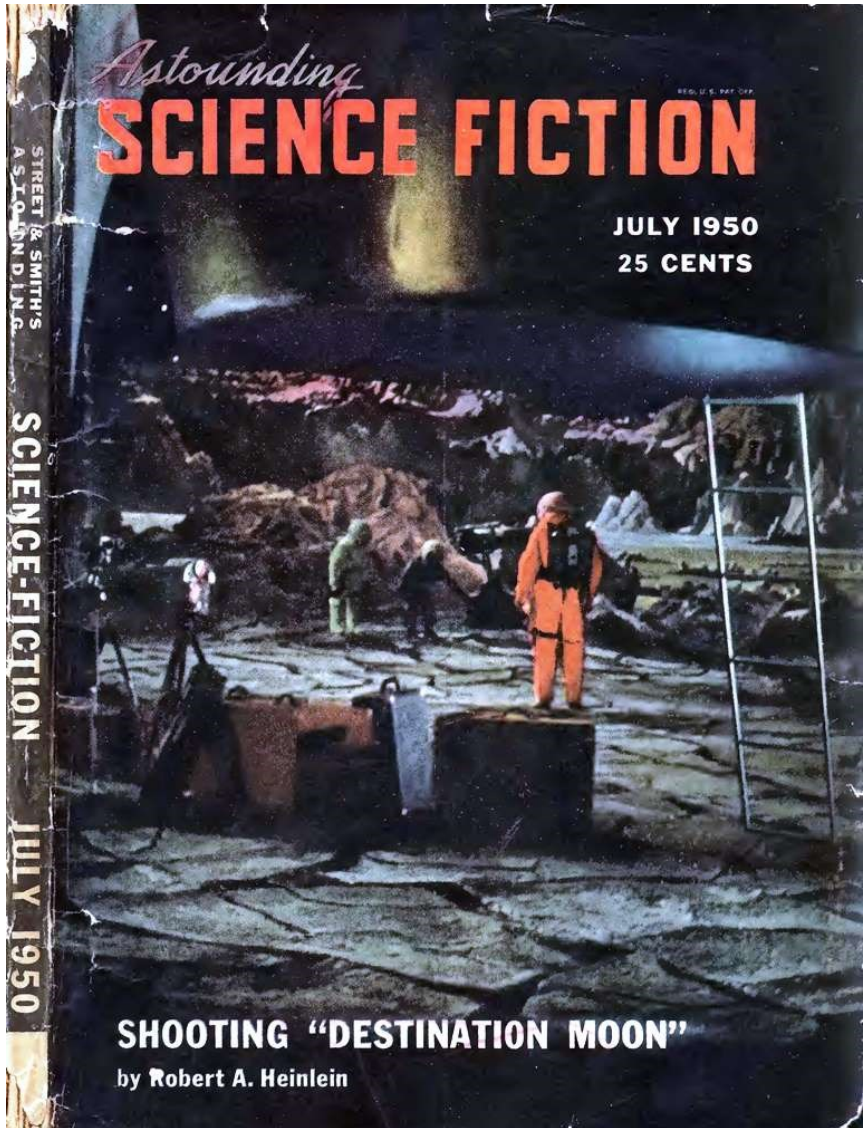
El maletín negro recibió en el año 2001 el Premio Retro Hugo 1951. Los premios retro Hugo se crearon para premiar producciones de ciencia ficción, fantasía y terror anteriores al establecimiento de los Hugo (premios que tienen continuidad desde 1955). En el año 2001 tocó premiar las obras publicadas en 1950 (no las de 1951 porque se premiaban las obras del año anterior, emulando que se estuvieran entregando los Hugo de 1951). Entre las 32 candidaturas de su categoría el premio recayó finalmente en *The little black bag*, seguido de cerca por *Los observadores viven en vano*, de Cordwainer Smith. Para hacernos una idea del buen nivel, la categoría de novela la ganó *El granjero de las estrellas*, de Robert Heinlein, seguida por *Un guijarro en el cielo*, de Isaac Asimov. Siempre quedará la duda de cuáles

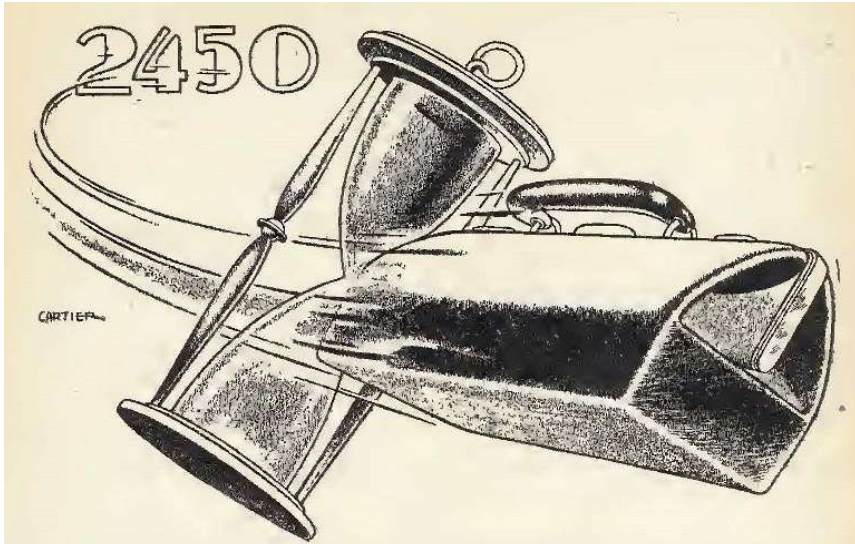
hubieran sido los resultados si se hubiera votado en 1951, con el público y los gustos de entonces, aunque confío en que no hubieran sido demasiado diferentes.

A continuación, presento la portada del número de julio de 1950 de *Astounding*. Está inspirada en un artículo de Heinlein, que era el plato fuerte de aquel número. Este relato habla sobre la gestación de la película *Destination Moon*, en la que Heinlein había co-escrito el guion. Especula sobre el primer viaje de la Humanidad a la Luna y sus vicisitudes (recordemos que aún faltaban 19 años para que la Humanidad alcanzara a la Luna). Fue la primera película que abordaba el viaje al espacio en Technicolor y tuvo muy buena crítica. Esta producción recibió también el premio Retro Hugo 1951.

Como curiosidad final, presento también la ilustración, autoría de Edd Cartier, un habitual del *pulp*, con que la que se introducía *El maletín negro*. En ella se verá cómo la manera de ilustrar ha cambiado mucho más que la manera de escribir.

Rubene Guirauta



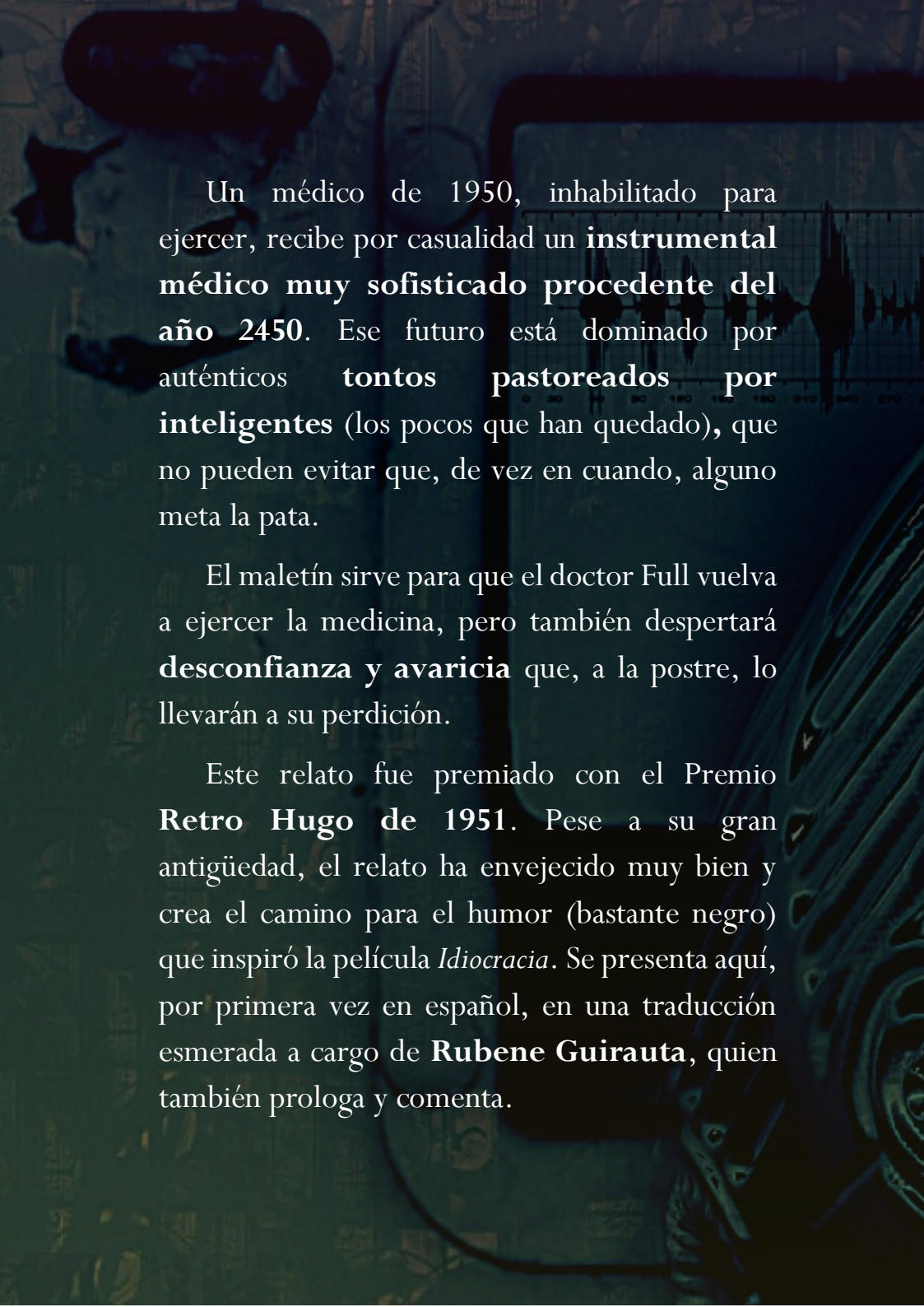


THE LITTLE BLACK BAG

BY C. M. KORNBLUTH

The normal progress of a technology produces simpler and simpler gadgets involving more and more complex fundamental laws. And, of course, requiring less and less of the user . . .

Illustrated by Cartier



Un médico de 1950, inhabilitado para ejercer, recibe por casualidad un **instrumental médico muy sofisticado procedente del año 2450**. Ese futuro está dominado por auténticos **tontos pastoreados por inteligentes** (los pocos que han quedado), que no pueden evitar que, de vez en cuando, alguno meta la pata.

El maletín sirve para que el doctor Full vuelva a ejercer la medicina, pero también despertará **desconfianza y avaricia** que, a la postre, lo llevarán a su perdición.

Este relato fue premiado con el Premio **Retro Hugo de 1951**. Pese a su gran antigüedad, el relato ha envejecido muy bien y crea el camino para el humor (bastante negro) que inspiró la película *Idiocracia*. Se presenta aquí, por primera vez en español, en una traducción esmerada a cargo de **Rubene Guirauta**, quien también prologa y comenta.